

ERRI DE LUCA

Aquí no, ahora no

NOVELA

booket

Erri De Luca

Aquí no, ahora no

Traducción de César Palma



Seix Barral

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Non ora, non qui*

© Erri De Luca, 1989

First published by Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milan

Published by arrangement with Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milan

© por la traducción, César Palma Hunt, 2000

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© Editorial Seix Barral, S. A., 2014

Avinguda Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: ©Thomas Hoepker / Magnum Photos / Contacto

Fotografía del autor: © Paola Porrini

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2014

Depósito legal: B. 6.235-2014

ISBN: 978-84-322-2270-2

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L., Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

Mientras le quedó luz en los ojos, mi padre hizo fotografías. Había toda una estantería repleta de imágenes nuestras tomadas en las ocasiones especiales y en las corrientes. Duró diez años, más no, la recolección: los años del primer bienestar y de la pérdida de su vista. Queda así documentada hasta el detalle una sola época, quizá la única que he podido olvidar. Los álbumes, los archivos, no me sostienen la memoria, sino que la sustituyen.

Fue aquélla una época de desplazamientos, entre mis nueve años y los diecinueve, cuando hubo mudanzas a barrios mejores y la pobreza acabó de improvisado a la vez que la infancia. En la casa nueva, la buena, no se volvió a hablar de la pasada condición: una calle empinada, la lluvia dentro de la cocina, el griterío de la callejuela.

¿Dónde vivíamos antes? En otra ciudad. También ahí se oía hablar en dialecto, pero era oscura al fondo de un precipicio de gradas resquebrajadas.

No hablábamos napolitano. Mis padres se defendían de la pobreza y del entorno con el italiano. Estaban muy solos y no recibían amigos, no podían acogerlos en ese mínimo espacio. La guerra los había dejado sin bienes. Salieron de ella con la pérdida de una previa condición de holgura. Fueron un matrimonio que no podía ofrecer un refresco. Este pesar lo oía repetidamente de su boca, como el símbolo de muchos años difíciles.

Vinieron luego las transformaciones que desearon y por las que habían resistido.

A nosotros, niños, por orden de aparición primero yo y después mi hermana, se nos impartió una educación que a mí me pareció siempre acorde con la escasez de medios y de espacio: hablábamos en voz baja, estábamos a la mesa comedidos, tratando de no ensuciar los pocos trapos decentes. Nos movíamos con disciplina en el pequeño aposento. Se prestó menos atención a estas costumbres en la casa nueva, pero yo las retuve siempre en el corazón como signo de una medida que ya no poseería nunca más entre yo y la porción de mundo que se me había asignado.

No podía hablar bien. Mientras la mente mandaba la primera letra, la boca pujaba por emitir la última. Era tartamudo por prisa de concluir. En

contrapartida, sabía hallar el punto de equilibrio de los objetos. «En contrapartida»: utilizo este término porque creo que las habilidades guardan una relación de reciprocidad con las torpezas. Conseguía mantener en vilo las cosas (durante un instante: un tenedor permanecía erguido sobre sus puntas cual bailarina cuadrúpeda, una pluma se demoraba en el papel trazando un punto. La causa de que el equilibrio de las cosas debiese compensarme de la voltereta de las palabras, es algo a lo que no sabría responder, aunque tengo la certeza de que las dos características se equiparaban en mí.

Un cuento que me persigue desde la memoria más remota habla de un ángel que toca la boca de los niños en el instante del nacimiento. A mí me debió de dar un golpecito más fuerte, por eso era tartamudo: ésa era la variante de la leyenda que me contaban. En las noches del niño que fui venía muchas veces un ángel a llamar a mi boca, pero yo no conseguía abrirla para darle la bienvenida. Un rato después se marchaba y en la oscuridad quedaban sus plumas y mis lágrimas.

No contaba estas cosas, pero pensaba que los adultos conocían mal las historias, mal la mía. Era un niño más perplejo que sosegado.

Como todos, quería un perro, imposible de tener en nuestro reducido espacio. Me encariñé con una pelota amarillenta de muchos colorines desteñidos y rico olor a goma. Cuando me encontraba solo en la habitación, la pelota saltaba sobre mí de alegría

y jugaba a no dejarse atrapar. En eso, mi madre empezaba a gritar que parásemos y la pelota acababa debajo de la cama, asustada. Su voz regía mi respiración y la paraba en cuanto elevaba un poco el tono. Esa voz era mucho del mundo que tenía. Aprendí a oírla incluso al otro lado de las paredes.

Desde hace un tiempo le doy vueltas de noche y hurgo entre los viejos negativos de mi padre. He mandado revelar todos los fotogramas. En uno de ellos me he detenido.

No entiendo quién lo ha podido tomar. Capta un tramo de calle al que solíamos ir el domingo: la Torretta. Recuerdo el escaparate del bar Fontana antes de que cambiasen el rótulo antiguo. Íbamos a comprar dulces y a hacer la compra en el mercado cubierto, en los años de la casa nueva. Mi hermana pequeña participaba encantada, enfurruñada o alegre, pero siempre excitada por la salida en común. La ciudad el domingo me provocaba ansiedad. En los otros días era normal el peso de la multitud, los coches a pocos centímetros de los pies, donde el estorbo que son los unos para los otros obligaba a avanzar esquivando. En las caras del domingo, la sonrisa se amargaba con un enfado más: hoy también, también aquí. El día de fiesta traía los más bruscos cambios de humor, también entre noso-

tros. He sufrido en exceso esa irritación que de improviso cambia el aire y agacha las miradas. Al grupo dominical de aquellos años me sumaba como un peso muerto, imposibilitado hasta más o menos los dieciséis de librarme de ello.

Veía que algo pasaba en la ciudad, no era sólo la desazón de una personilla confundida porque había dejado de ser niño. La conocía desde la callejuela como una ciudad inmóvil, estratificada, abarrotada. Conocía la eterna fiebre de los que ya no quieren seguir siendo pobres. Pero había echado a correr a flor de piel una nueva incitación, una llamada a la prisa. Sin causa aparente, bullía en los pobres un apremio. No podía estar viendo otra cosa que la divulgación de un consejo misterioso y aceptado por todo el mundo: apresuraos. En las aceras no se cedía el paso, nadie se quitaba la gorra, nadie huía del policía. Los pobres habían abandonado los buenos modales de la paciencia y del miedo, vestían mejor. En mi callejuela las mujeres eran chillidos. No las entendía cuando la rabia les subía desde las entrañas por la garganta y hasta los ojos. En cambio, entendía sus gritos cuando se llamaban desde lejos y me gustaba la cantilena de un nombre gritado desde el empedrado hasta el último piso, nombres de muchas

letras, precedidos por un título y seguidos por un diminutivo: doña Cuncetti —oiga—. Luego, establecida la comunicación por encima del estruendo, seguía un dialecto cerrado, de sílabas avaras y noticias breves. Pero los gritos de rabia no podía entenderlos. He tenido durante mucha infancia la piel de gallina. Muchos escrúpulos me ha provocado la ciudad que menos repara en ellos. El moco en la nariz, el esputo, la tos perruna, la disentería que causaba el frío: hacían que el vómito me asfixiase la garganta. Me avergonzaba. Los adultos que me regañaban tenían razón.

El frío daba diarrea. No lo supe sino de niño y ahora casi me parece que invento un dato en vez de recordarlo. Lo volví a descubrir una mañana de invierno cuando me encontraba, con muchos años más, en la plaza de los autobuses de Brúnico, en el Tirol del sur. Aquel frío perfumaba con su hielo guardado fuera de las casas, los abetos cuajados de nieve, cuero engrasado y bufidos de cafeteras. Lo aspiré y recordé de pronto el tufo del frío de mi callejuela, donde la voz se helaba en la boca de los transeúntes, ya nadie hablaba bien y todos balbucían. Las manos estaban hinchadas, la disentería infestaba el poco espacio común; en mi pueblo se solía decir: oler a frío. En Brúnico noté el aroma fragante del hielo, la alegría que puede contener y que no conocía. Supe que el frío también puede perfumar. De las chimeneas se elevaba el humo, recto y ligero como incienso encendido con pericia.

Era escrupuloso, una debilidad difícil de ocultar.

No me daba vergüenza parecer delicado, sino la falta de piedad que la repugnancia delataba. Un niño conoce muchas diferencias, aunque no sepa ponerlas en práctica. Hice cuanto pude para disimular los escalofríos, así me adiestré como extranjero.

Ciudad, domingos: desde que tengo edad de memoria no he sabido ser parte.

Así se repartía el grupo familiar: padres precedidos por la hija y seguidos por mí con leve retraso.

Era la edad en la que mis coetáneos empezaban a tomar distancias de casa maniobrando las primeras astucias de la libertad. Ganaban nuevos territorios en la ciudad y las primeras prolongaciones de los horarios de vuelta a casa.

No me ejercitaba como ellos. Los domingos deseaba estar en otro sitio, en cualquier país, en cualquier cansancio. De nada me valía regatear en los metros de distancia del grupo, en los horarios de la noche del sábado.

No eran años para muchachos los que nos habían tocado. Entonces no lo sabía y la adolescencia era una de las estaciones de la paciencia a la

espera de consistir en plenitudes futuras. Eran años estrechos y el mundo inmenso. Los muchachos tenían entretenimientos raros. Se buscaban fuera del colegio, se veían en casas, ensayaban las músicas en las salas de baile. No los seguía y no tenía argumentos para responder a esta renuencia.

En el aula, cuando se pasaba lista, mi nombre exclamado me estremecía. Sólo era una sigla y ya era un orden, mal pronunciado, mal anunciado. Desde hacía poco era el mío y ya estaba ajado. El empacho de llevar uno lo sentí desde niño y me instigaba a no responder a la pregunta incluso amable del «¿cómo te llamas?». Mi padre, muy apegado al nombre, atribuía mi desvergüenza a que no lo sabía decir bien por el tartamudeo. Así que era comprensivo y me suplía en la respuesta con tono solemne. Me inculcaba de ese modo el respeto al nombre, pero yo me resistía a adueñarme de él y el que pronunciaba mi padre era tan sólo una variante del suyo, todavía no mío. Por eso me quedaba callado, respondía de mí en silencio.

Pasó mucho tiempo antes de que aceptase el nombre, de que honrase el que otros antes que yo hubiesen tenido el mismo. Sólo de adulto remonté las generaciones. De niño no admitía el pasado.

La imagen de la fotografía que tengo delante deja leer carteles, el anuncio de un refresco asegura con un acertijo: se bevi NERI NE RIbevi. Hay un viejo autobús en una parada.

Los tubos de escape despedían humo negro cada vez que arrancaban y apestaban a la gente que esperaba.

No había pasos de peatones, se cruzaba por cualquier sitio.

Miro la fotografía. No me asombra el modo en que se va agrandando ni los detalles que consigo captar. La gente sale de las pastelerías con los paquetes envueltos en papel azul con una fuente grabada en blanco. Su apertura al término de la comida suscitaba un alboroto que tapaba todas las voces y reclamaba atención y saliva.

De la calle del mercadillo llega gente. El formato de lo que estoy viendo aumenta, disminuye la escala: uno a cien, uno a cincuenta, uno a diez, hasta que la dimensión de los transeúntes alcanza mi estatura y yo la de ellos.

Todo está quieto alrededor, sólo yo podría moverme.